

Una Extraña Confesión

Antón Chéjov

Traducción de Irene Tchernova

Revisada por José Fernández Bueno



¿EL TEMA DE SU LIBRO? —pregunté al señor Iván Kamishov, que por andar muy necesitado de dinero vino a verme y me rogó que se lo publicara, no sin avisarme previamente de que era el primero que escribía. Era un hombre alto y atractivo, de porte altanero y decidido.

—Pues verá... El tema no es nuevo..., en él se trata de amor..., de un crimen... Pero léalo y podrá juzgar usted mismo. Son los recuerdos de un juez de instrucción.

Mi cara no le debía dar muchos ánimos ni convencerle por completo, pues el señor Kamishov frunció ligeramente el entrecejo y dijo con rapidez:

—En mi libro hallará usted un hecho que ha sucedido realmente, en él no se dice más que la verdad. Fui testigo de todo lo que relato, e incluso participé en ello.

—Para escribir no hace falta ni es necesario haberlo visto ni vivido. Y en cuanto a que sea verídico, eso no tie-

ne importancia. El público está cansado de asesinatos llenos de misterio, en los que se lucen la astucia de los detectives y la perspicacia de los jueces de instrucción. Claro que no todo el público es igual. Yo hablo del que lee nuestro periódico. Y, además, tengo tantas obras para publicar y editar que, sinceramente, creo que me es completamente imposible aceptar otras, por muy buenas que fueren.

—Aunque así sea, quédese con mi libro. Es difícil juzgar algo que aún no se ha leído... Además ¿por qué no quiere creer que los jueces de instrucción también sabemos escribir?

El señor Kamishov pronunció esta última frase con voz insegura, fijando la mirada en el suelo, mientras hacía saltar un lápiz entre sus manos. Me dio lástima. Y le dije:

—Bueno, déjeme su libro. Pero no le prometo que lo haya de leer pronto. Tendrá que esperar...

—¿Mucho tiempo?...

—Pues... no lo sé. Vuelva a visitarme dentro de dos o tres meses.

—¡Ay! ¡Cuánto tiempo!... No me atrevo a insistir!... ¡Bueno, como usted quiera!...

Se levantó y cogió su gorra, que ostentaba una escarapela. Era la gorra de un funcionario.

—Gracias por haberme recibido. Durante tres meses me voy a alimentar de esperanzas... Pero le estoy aburriendo... Mil gracias... Y muy buenos días.

—¡Aguarde un momento! —le dije, hojeando sus cuartillas escritas con una letra muy menuda—. En él se expre-

sa usted siempre en primera persona del singular. ¿Acaso al referirse al juez de instrucción se describe a sí mismo?

—Sí, pero no con mi verdadero nombre, pues mi papel en esta historia podría ser mal interpretado... Resulta hasta molesto figurar de esta forma... Entonces, hasta dentro de tres meses, ¿verdad?

—Sí, pero no antes.

—Perfectamente. Hasta la vista.

El antiguo juez de instrucción me saludó con mucha desenvoltura, a la par que con gran cortesía y, abriendo suavemente la puerta, se fue, dejándome sobre la mesa su manuscrito. Yo lo guardé en un cajón, y allí quedó durante dos meses.

Un día que me marchaba al campo, me acordé de él y me lo llevé. En el vagón abrí la novela y empecé a hojearla, luego me puse a leerla por la mitad. Era interesante. Por la tarde, a pesar de que no disponía de tiempo, leí la novela desde el principio hasta la última línea, en donde la palabra “Fin” aparecía escrita con letra firme y decidida. Por la noche volví a leerla otra vez, y ya empezaba a amanecer cuando me hallaba en la terraza de mi casa, procurando ahuyentar de mi mente la terrible sospecha que naciera en ella.

La idea era, en verdad, torturadora y resultaba insostenible. Sin ser juez de instrucción y aún menos un psicólogo, me parecía haber descubierto el espantoso secreto de un hombre con el que no sabía qué hacer. Y, sin dejar de pasearme por la terraza, intentaba convencerme

de que mi descubrimiento no estaba fundado en nada sólido ni verdadero.

La novela de Kamishov no pudo ser publicada en mi periódico por razones que ya explicaré al lector. Por ahora le aconsejo que la lea. El lector encontrará en ella algunos defectos y muchas repeticiones; se ve con la claridad del día que es la primera novela que ha escrito el autor, y que, por tanto, su estilo aún no está maduro. Pero, pese a esos inconvenientes, se lee con facilidad, el tema es interesante y no tiene nada de común con las novelas de este género. Bueno, la verdad es que vale la pena leerla. Y aquí está.

I

—¡UN HOMBRE ha matado a su esposa...!

—¡Jesús qué tontos sois!... ¡Que me den azúcar!...

Estos gritos descompasados me despertaron y, despezándome cuan largo era, experimenté un extraño malestar. Tenía cansados todos los miembros. A veces es una pierna, otras un brazo, pero en esta ocasión todo mi cuerpo estaba adormecido, de la cabeza a los pies.

No descansa uno, sino más bien se debilita, cuando se echa la siesta después de una comida abundante, en medio de una atmósfera sofocante y densa, con zumbido de moscas y picaduras de mosquitos.

Me levanté cansado y empapado de sudor. Inmediatamente me fui hacia la ventana por si corría algo de fresco, pero el sol se hallaba aún muy alto y el calor era tan agobiante y abrasador como tres horas antes. Quedaba, pues,

tiempo hasta el anochecer y solamente entonces refrescaba un poco.

—¡Un hombre ha matado a su esposa!...

—Iván Demiánovich —exclamé dando un cachete cariñoso en el pico al pájaro—: haz el favor de no decir mentiras... Tan sólo en las novelas los hombres matan a sus esposas, y ocurre, además, bajo el cielo de los trópicos, en donde el sol de África alimenta y engendra pasiones ardientes. En cuanto a nosotros, habitantes de climas fríos, nos contentamos con robar por infracción o, a lo sumo, simular nuestra personalidad.

—¡Robo por infracción! —repitió Iván Demiánovich, con su pico corvo— ¡Jesús, qué tontos sois!...

—Qué se le va a hacer, amigo. Nosotros no tenemos la culpa de que nuestro cerebro sea limitado. Además, no es de extrañar que con semejante temperatura se vuelva uno medio tonto. Tú eres listo y, sin embargo, tu cerebro se está fundiendo con esta temperatura. Te vuelves idiota.

Al hablar de mi loro siempre lo designaba con el nombre de Iván Demiánovich, en un principio por pura casualidad, pero después lo hice por verdadero hábito. Me acostumbré a ello. Y todo porque un día mi criado Policarpo, al limpiar la jaula, hizo un sensacional descubrimiento sin el cual mi precioso pájaro hubiera seguido siendo un loro sin nombre y sin personalidad. El muy tunante reparó en que el pico del pájaro tenía un parecido asombroso con la nariz de Iván Demiánovich, el tendero de nuestro pueblo.

Desde entonces todo el mundo le llamó con el nombre y el patronímico del tendero de larga y corva nariz.

Y así fue cómo, merced a Policarpo, el pájaro formó parte del género humano, en tanto que el tendero perdía su personalidad, siendo desde aquel entonces, para la gente del pueblo, el loro del juez de instrucción.

Compré a Iván Demiánovich a la madre de Pospélov, mi antecesor en el juzgado. Lo compré con los viejos muebles de roble, la batería de cocina y todos los trastos del difunto juez, que murió poco antes de que se me nombrara juez de instrucción. Mis paredes aún siguen adornadas con las fotografías de sus padres y encima de mi cama cuelga el retrato del juez en persona. Cuando estoy dormido o descansando en la cama, no me quita ojo.

Así es que dejé en las paredes todas las fotos; y conservé la casa tal y como la había encontrado. Soy de naturaleza demasiado perezosa para ocuparme en trasformar nada, aun cuando el cambio redunde en mi comodidad, y si los muertos y los vivos quieren seguir colgando de mis paredes no seré yo quien se lo impida.

Mi loro tenía tanto calor como yo y, al abrir las alas, desplegaba todas sus plumas, repitiendo las frases que aprendió de mi antecesor y de Policarpo.

Para matar el tiempo de cualquier forma, en las horas de ocio que siguen a la comida, me puse a observar los vaivenes del pájaro, que se afanaba en evitar el tormento del encierro, el calor asfixiante y los insectos que había entre sus plumas. El pobre parecía muy desgraciado.

En el *hall* oí una voz sonora y fuerte que preguntaba:

—¿A qué hora se despierta?

—Depende, unas veces duerme hasta las cinco, otras, no se levanta hasta por la mañana —contestó Policarpo—. No es de extrañar cuando uno no tiene nada que hacer...

—¿Es usted su lacayo?

—Sí, soy su criado... Pero basta ya de hablar, ¿no ves que estoy leyendo y que me molestas con tus preguntas?

Eché una mirada hacia el *hall*. Policarpo se hallaba tumbado sobre un gran cofre rojo, según costumbre ya inveterada en él, mientras leía un libro. Estaba con la cara pegada al mismo y los ojos adormecidos, en tanto que movía lentamente los labios, frunciendo el entrecejo. Era evidente, pues, que la presencia de aquel extraño, un *mujik* alto y barbudo que trataba en vano de entablar conversación, le resultaba harto molesta.

Al llegar yo, el *mujik* se apartó discretamente un paso del cofre y me saludó a lo militar. Policarpo, con aire de disgusto, sin levantar la vista del libro, se incorporó a medias.

—¿Qué quieres? —pregunté al *mujik*.

—Señoría, vengo de parte del conde, quien me encarga en primer lugar que le salude en su nombre, y después le ruega que vaya cuanto antes a su casa...

—Pero ¿ha llegado ya el conde?—pregunté sorprendido.

—Eso es, señoría... Llegó ayer por la noche. He aquí una carta que me ha entregado para usted.